

REVISTA CASTELLANA

LITERATURA ■ HISTORIA ■ CIENCIAS ■ ARTES

DIRECTOR: NARCISO ALONSO CORTÉS

ADMINISTRACIÓN: FERRARI, 4 & 6.—VALLADOLID

La Artillería en Medina del Campo



(CAPÍTULO DE UN LIBRO EN PREPARACIÓN)

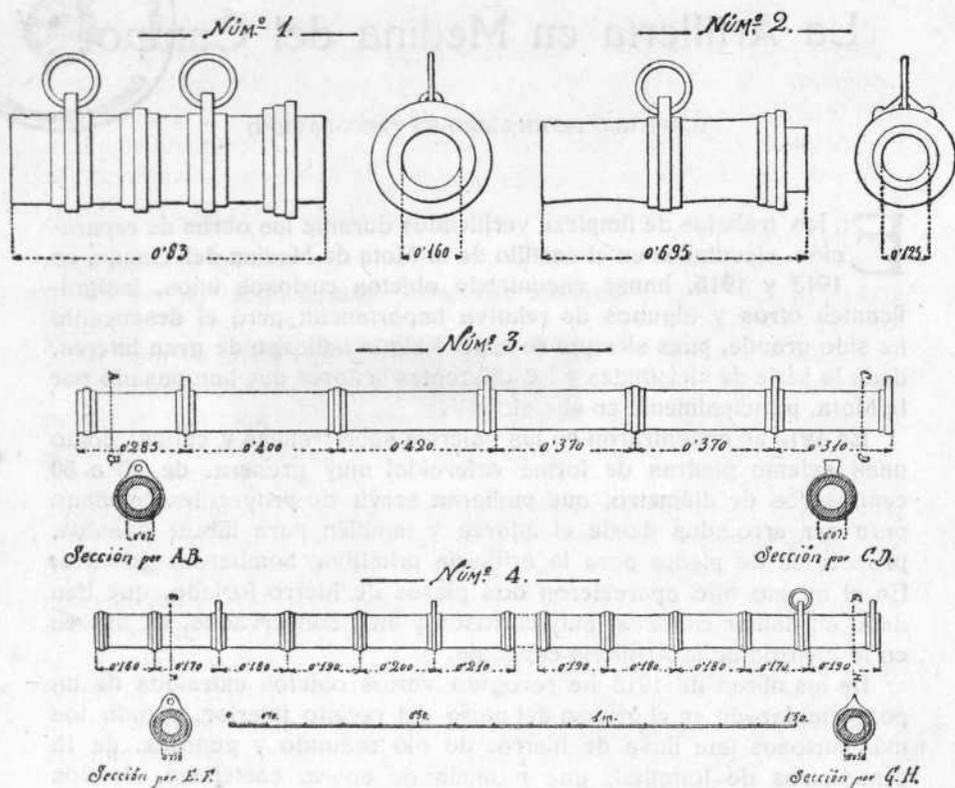
En los trabajos de limpieza verificados durante las obras de reparación, ejecutadas en el castillo de la Mota de Medina del Campo en 1913 y 1915, hanse encontrado objetos curiosos unos, insignificantes otros y algunos de relativa importancia; pero el desencanto ha sido grande, pues siempre se esperó algún hallazgo de gran interés, dada la serie de vicisitudes y los diferentes señores que han pasado por la Mota, principalmente en el siglo XV.

En 1913 se encontraron en las galerías subterráneas y cubos, como unas setenta piedras de forma esferoidal muy grosera, de 40 a 50 centímetros de diámetro, que pudieran servir de proyectiles de mano para ser arrojados desde el adarve y también para labrar *bolaños*, proyectiles de piedra para la artillería primitiva: bombardas grandes. En el mismo año aparecieron dos piezas de hierro forjado, que han dado en llamar *cañones*, muy curiosos y bien conservados, de interés en la historia de la Artillería española.

De las obras de 1915 he recogido varios objetos extraídos de un pozo emplazado en el grueso del muro del recinto interior, siendo los más curiosos una llave de hierro, de ojo redondo y guardas, de 15 centímetros de longitud; una moneda de cobre, castellana, de dos maravedís, de los Reyes Católicos; un fragmento de anillo de azabache con la inscripción incompleta NODE... S, que lleva, de relieve, una mano izquierda, muy rudimentaria, con un corazón (?) en la palma; y un floroncillo circular de yeso con flor de cuatro pétalos y 12 centímetros de diámetro, que pertenecería a una de las claves de los sobrepuestos arcos del llamado «peinador o tocador de la reina», y también «oratorio», que no era más que un mirador.

En el desescombros de la plaza de armas, cuya capa alcanzaba hasta 1'40 metros de altura, aparecieron, a fines de 1915, varios fragmentos

de decoración en yeso de dos estilos distintos: uno de ellos mudejares (los fragmentos son pequeños), y otros, los mayores, algunos muy bien conservados, de un gótico primoroso, de composición menuda de círculos lobulados, conopias, arquillos, etc., que demuestran una decoración espléndida en arcos de puertas y ventanas y frisos de algún salón perteneciente al siglo XV. No se han encontrado fragmentos bastantes para reconstituir un buen lienzo o paño de decoración. Se ofrece blanco el yeso, por más que lo probable sea que el efecto de la humedad haya hecho desaparecer la pintura, ya que pintado estaba, y bien se observan las huellas, el «mirador de la reina».



En la misma plaza de armas han aparecido una punta de saeta, de hierro duro, de 62 milímetros de largo, de longitud romboidal, sin rastros de la varilla o vástago de plumas, y fragmentos de hierro forjado, que constituyen la mayor parte de dos piezas de Artillería del XV, de calibre pequeño: 7 y 5'50 centímetros, muy interesantes, pero mal conservadas, en términos de quebrarse al menor esfuerzo por lo pasado que está el hierro.

De todos estos objetos, los dignos verdaderamente de estudio son

las cuatro piezas de Artillería de hierro forjado, que clasifico del modo siguiente:

Núm. 1.—Recámara o servidor de bombardas. Tiene de longitud 830 milímetros por un diámetro interior en la boca de 160 milímetros. Lleva cuatro aros reforzados con anillo, incluyendo el de tope del enchufe macho con la caña o trompa, de la que no se han encontrado ni rastros. Los anillos primero y tercero, a contar desde la culata, tienen argollas o anillas para la sujeción al afuste. Culata plana al exterior. El fogón está limpio y practicable. Se encontró en 1913 en el cuerpo inferior del cubo de la izquierda, según se entra, de la puerta principal del recinto exterior o barrera.

Núm. 2.—Recámara de bombardas mediana o bombardeta, de 695 milímetros de longitud total y diámetro interior en el enchufe con la trompa de 125 milímetros. Además del aro reforzado del enchufe, tiene otro intermedio con argolla. La culata también es plana; el fogón para dar fuego está clavado, lo que indica que se inutilizó de intento en algún apuro de los sirvientes o en el momento de tener que abandonar la bombardas por algún motivo. Se halló, del mismo modo en 1913, en el pozo de agua del cubo o torreón N. del recinto exterior.

Núm. 3.—Caña de un ribadoquín en dos trozos, por haberse roto al recogerle. La longitud total es de 2'15 metros y el calibre de 70 milímetros; teniendo, por lo tanto, la trompa o caña unos 30 calibres, circunstancia que me conduce a clasificar la pieza como ribadoquín. El alma, o serie interior de duelas, está reforzada por seis manguitos y siete aros con anillo, rematando el de un extremo en apéndice en forma de trapecio como mira para fijar la puntería. Los anillos alternados, segundo, cuarto y sexto, tienen agujeros para las anillas de sujeción en el afuste. La culata sería de madera. La pieza está muy mal conservada y no se ha limpiado. Aparecida en la plaza de armas en diciembre de 1915.

Núm. 4.—Cerbatana de 2 metros de longitud lo recogido, y 55 milímetros de calibre. Está en tres trozos: estaba en dos, y uno de ellos se rompió al recoger la pieza. Falta la longitud de un manguito. Se refuerza lo recogido con once manguitos y trece aros con anillo: el de un extremo se remata en ángulo agudo para la puntería; el segundo lleva argolla, y los octavo y undécimo las han tenido. También, como la anterior, está mal conservada y no se ha limpiado, y fué encontrada en los mismos paraje y época que el ribadoquín.

Creo haber acertado en la clasificación de estas cuatro piezas, por más que confunde la multitud de tipos y modelos de todas clases que llegó a 160 en la época de Felipe II.

Por el esmero con que están hechas, en términos de parecer de una sola pieza, creo que están ejecutadas y pertenecen a la segunda mitad del siglo XV, cuando aun no se habían iniciado en España las fundiciones de Artillería.

Los dos primeros números los creo recámaras o servidores de bombardas, porque se está viendo el macho del enchufe, al que se

adaptaba la caña o trompa, que tenía una longitud mucho mayor, tanto que en las grandes bombardas, en algunas de 400 y más milímetros de calibre, llegaba hasta tres metros. De falconetes los calificó el ilustrado comandante de Ingenieros, mi buen amigo don Ricardo Martínez Unciti, en una saladrísima crónica que dedicó a la *Famosísima excursión a Medina del Campo* (23 noviembre 1913), publicada en el *Boletín de la Sociedad castellana de excursiones* (t. VI, págs. 275-285); pero tuvo poco tiempo para examinarlos, y de ahí el error. Si los viera con algún detenimiento rectificaría la clasificación que entonces hizo.

El que ha acertado en ella es el general de brigada de la sección de reserva don Gabriel Vidal y Ruby, que me dicen ha publicado unos artículos en *La Correspondencia Militar* de julio de 1915, en los que trató de una «recámara o servidor de bombardas de la segunda mitad del siglo XV, encontrada en 1914—lo fué en 1913—en un pozo del castillo». Cuando me han dado esta noticia debía hacer algún tiempo que se habría publicado el trabajo del señor Vidal, y no he podido encontrar dichos artículos; pero me satisface que coincida conmigo una autoridad en la materia.

Los números 3 y 4 son del tipo y de construcción semejante a las bombardas, pero por los calibres y el número de ellos que tienen las trompas, recibieron diferente denominación. No hay formada, fija y claramente, una clasificación precisa de la Artillería de hierro forjado; pero si se atiende a que la bombardas nunca bajaba de 120 milímetros de calibre; que las bombardetas tenían unos 22 calibres y estos eran de 70 a 120 milímetros; que el ribadoquín tenía de 20 a 30 calibres y estos intermedios entre los de las bombardetas y cerbatanas; y que las cerbatanas eran de 33 y más calibres y median estos de 20 a 70 milímetros, creo que estoy en el justo medio de haber clasificado, según esos datos, las piezas referidas, que ni pueden ser morteros pedreros; ni pasavolantes que alcanzaban mucho mayor diámetro (200 milímetros) y unos 11 calibres; ni falconetes, que eran más cortos, un metro y tercio, con calibres de 70 milímetros.

Juzgo suficientes estas noticias para tener idea de la importancia de estos hallazgos, y paso por alto el detallar cómo se construían las bombardas de hierro forjado, compuestas de varias duelas hechas a martillo y ajustadas a lima, reforzadas con manguitos soldados según una generatriz, reforzados a su vez en las juntas con aros y anillos; el modo de cargar las recámaras, poniendo primero la pólvora, luego el taco de madera floja, y luego el bolaño de piedra acuñado, y en tiempos algo más modernos, y en las piezas de pequeño calibre, el proyectil de hierro recubierto de plomo, operación pesada, por lo que se disponían dos o tres recámaras o servidores para cada bombardas; la manera de sujetar con cuerdas las bombardas a los afustes o el encabalgamiento; armaduras de estas para fijar la puntería; alcance de los tiros, que llegaron en piezas perfeccionadas a 1.300 y más metros, etc. etc. Todo ello es curioso, mas fuera de lugar aquí.

Se ha fantaseado mucho sobre las primeras artillerías españolas, y ahora no sabemos a qué carta quedarnos; pero aparece la Artillería citada en Medina del Campo, siquiera por haber servido la villa de depósito a la que pretendía sacar Fonseca en 1520 para combatir a la comunera Segovia, y algo hay de ello que es muy poco conocido, y que fijaré más tarde, pues en Medina hubo una de las primeras maestranzas del reino.

JUAN AGAPITO Y REVILLA

(Continuará)

Alma de Mujer

Lloraba aquella niña de ojos de cielo,
 Rubia como las mieses en el verano,
 y dominando a veces su desconsuelo,
 escribió aquella carta su blanca mano.

Manchó el papel su llanto cuando escribía,
 y un nombre murmuraron sus labios rojos,
 mas el tiempo me enseña cuanto decía
 y el secreto del llanto de aquellos ojos.

He aquí la carta aquella, sueños pueriles,
 que al entrar en la vida borran los años;
 es la expresión de un alma de quince abriles
 que sin piedad hirieron los desengaños.

«Ay, madre de mi alma, madre querida,
 ya he sabido en el mundo lo que es la pena,
 y el pecho destrozado y el alma herida
 he probado el acibar que me envenena.

Al despertar de un sueño mi dolor nace,
 que los sueños de niñas enamoradas,
 son como el humo leve que se deshace,
 son nubes por los vientos arrebatadas.

He levantado el templo de mis amores,
 y hoy derramo mis lágrimas en sus ruinas,
 ¡he cruzado un camino lleno de flores
 sin pensar que las flores tienen espinas!

Los hombres cuando vencen siempre se alejan
 y en vano las mujeres de luchar tratan,
 ¡en triste soledades llorar nos dejan
 sin pensar si nos hieren, o si nos matan!

Procuran arrastrarnos al precipicio
y el llanto es el derecho que nos conceden;
¡las mujeres llegamos al sacrificio!
¡ellos son egoístas y retroceden!

Entre sombras nos dejan y ellos en tanto
a otros mundos elevan sus ambiciones:
¡qué importan nuestras quejas y nuestro llanto,
ni que rotos se queden los corazones!

El amor para ellos una aventura,
el olvido en su alma tiene acomodo,
¡ellos siempre nos miran desde la altura
y desde ella pequeño se encuentra todo!

Te causará extrañeza, madre adorada,
esta carta y en ella mis pensamientos,
que en los lazos de amores quedé enredada
y el amor ha cambiado mis sentimientos.

Todo el caudal inmenso de mi ternura
deposité en un hombre que me engañaba,
y que fué preparando mi desventura
en el falso cariño que me juraba.

Cuando faltan consejos y faltan años
es fácil convencerse sin gran empeño,
y cuando al fin nos hieren los desengaños
la realidad más triste parece un sueño.

Ya ves, madre, qué pronto soy desgraciada,
qué presto la amargura probé en la vida,
¡he visto las bellezas de una alborada
para verla entre nubes desvanecida!>

Así acabó la carta, que siempre leo
pensando en la enseñanza que en ella existe,
¡y de llorar a veces siento deseo!
¡y para muchas horas me quedo triste!

NARCISO DIAZ DE ESCOVAR

MIGAJAS LITERARIAS

Vasco Díaz Tanco

Si en otro objeto que el de recoger algunas notas biográficas de este sacerdote, por si a algún lector le fueran útiles, se escriben estas líneas. Díaz Tanco, no obstante figurar su nombre en el *Catálogo de Autoridades* que publicó la Academia de la Lengua, y de merecer por más de un concepto que los críticos se fijan en sus obras, es uno de los autores del siglo dieciséis de quien nadie se ha ocupado. Don Nicolás Antonio le dedica unas cuantas líneas; los mejores diccionarios biográficos dicen de él cuatro vulgaridades, y los historiadores de nuestra literatura o se limitan a citar su nombre, o, lo que es peor, le pasan por alto sin mencionarle siquiera. Ticknor es el único que de él habla algo, pues al dar cuenta de su libro *Jardín del alma cristiana*, impreso en Valladolid en 1552, copia la larga lista de títulos de farsas y autos que compuso, y que el propio Tanco expuso a la terminación de aquél. Sin embargo, de ese *Jardín del alma cristiana* es bien poco lo que dice, y eso que es obra acreedora, por varias razones que no hay ahora por qué exponer, a la consideración y examen de los entendidos¹.

Ignoramos por qué afirman algunos que el presbítero Díaz Tanco fué conocido por el nombre de «Clavedán del Estanco». No hemos hecho indagación ninguna para averiguarlo; pero probablemente será porque usase tal pseudónimo en cualquiera de sus numerosos escritos, así en prosa como en verso, que de él se tienen noticias. El propio Ticknor al referirse a *Los veinte triunfos*, que sospecha haberse impreso en 1530, estima a Díaz Tanco uno de los escritores sobre quien ejerció mayor influjo la antigüedad clásica en la corrupción del estilo, y «creemos—añade—que es el ejemplo más antiguo que puede citarse» de tal pernicioso influencia. «Fregenal quiere latinizarlo todo, y da a sus oraciones castellanas un aire y estructura romana que le hace bajo cierto punto de vista el precursor de Góngora», escribe en el volumen III de la *Historia de la Literatura*.

Hasta cierto punto es verdad la afirmación transcrita. Sólo hasta cierto punto, porque si escribiendo en prosa Díaz Tanco—que no se llamaba Fregenal, ni tenía por qué llamárselo,—muestra de común un estilo afectadísimo, hinchado, repleto de latinismos y empedrado de superlativos, construyendo los períodos de suerte que el verbo siempre vaya a lo último, y usando de giros y expresiones que los hacen de intelección penosa, haciendo versos suele ser natural, fluido, sencillo, claro, y hasta

¹ También el Sr. Cejador, en su *Historia de la Literatura*, menciona a Tanco.

humorista safrico de honda intención y largo alcance a veces, aunque pobre de inspiración y humilde de estro.

Hombre que viajó mucho,—pasó lo mejor de su vida recorriendo España, Italia, Francia y parte del Norte de Africa;—que dominaba varios idiomas vivos y manejaba el latín como consumado humanista,—y es buen testigo su *Palinodia*;—que leyó y estudió sin descanso, aunque no con todo el discernimiento debido en la elección de sus lecturas, ni con la conveniente tranquilidad de ánimo, porque nunca disfrutó el suyo de reposo; que mantuvo trato constante con personas de toda clase y condición social, y que se vió ajetreado por su mala suerte, a la que de ordinario tuvo de espaldas, pues en su carrera, contando con méritos para medrar, jamás llegó a «cuarto», en todos sus escritos se nota la precipitación con que debió redactarlos y la premura con que los compuso. Moviéndose en el estrecho y forzado marco de los elogios, queriendo dejar contentos a todos, viéndose por la necesidad o la esperanza obligado a ensalzar a unos y otros, en sus ditirambos poéticos hay más de ficticio y convencional que de espontáneo y sincero. En sus obras en prosa, además, parece que Díaz Tanco tiene siempre presente el recuerdo de algunos de aquellos autores de su época, de quienes afirmaba el grave y sesudo historiador Hurtado de Mendoza que poseían estilo de alforjas. Véase, por ejemplo, cómo se expresa en el proemio a los Duques Hispanos, a los que dedica *Los veinte triumphos*:

«Como de los científicos favores—apunta refiriéndose a la esposa de Carlos V,—de tan prestantísima reyna fuese indigno: como velocísimo gato sobre vivísimas brasas donas meritamente aposentado fuese: con inusitado desdeño paso. Doy yo con insaciable apetito de tan meliflua conversación y elegantísima favella, por las fluydas circunferencias de sus retóricos adalides discurriendo: tanto de su clarífica presencia fué remoto, que mis potencias sensitivas a reducirme en su científica Corte bastantes no han seydo. Empero asy dystraido con tan inflamante zelo de preclaras elegancias careciendo: sin el tocamiento de las melpóneas teclas de la sapientísima Pallas y científica Minerva ser practico: indebidamente pugnando: el presente vigéssimo Triumphal por mi pobre industria fabricado, a vuestras excellencias e illustrissimas señorías me ha parecido dirigir».

De esto a aquello de la «razón de la sinrazón que a mi razón se hace», de que hablaba otro presbítero, Feliciano de Silva, y de que tan donosamente se burló Cervantes en el *Quijote*, hay menos de un paso.

Mas vengamos a las noticias biográficas de Díaz Tanco. Es él quien nos las suministra en dos romances que escribió y en varios versos de sus composiciones poéticas agrupadas con el título común de *Los Veinte Triumphos*. Sacará de ellos el lector las deducciones a que se prestan, pues nosotros nos reducimos al sencillo papel de copistas, no sin advertir que si los críticos se hubiesen tomado el trabajo de hojearlos, a estas horas sabríamos todos de Vasco Díaz un poco más de lo que de su vida nos cuentan.

El primer romance va a la cabeza de sus composiciones poéticas agrupadas con el título común de *Los Veinte Triunfos* en la impresión sin lugar ni año que se guarda en nuestra Biblioteca Nacional con la signatura R.—6817. Lleva el título siguiente: *Romance en el qual el author narra su nascimiento* (al folio VII). Y dice así en la parte que a nuestro objeto se refiere:

«En Frexenal de la sierra
nasci yo desventurado,
en malivolo planeta
en signo mal constellado,
en la provincia de Extremo,
al pie del Cerro Tizado.
Con los Algarves confina
al lusitano collado,
quando Marte con su furia
mostró su poder ayrado,
dó baco con grande triumpho
salió manso y reposado,
dó las Náyades doncellas
regocijaron el prado;
quando Cerere y Diana
fueron fuera de poblado,
al tiempo que Juno y Thetis
se subieron al collado
y en las aguas admirandas
Salmacis entró de grado...

El romance segundo, que como éste ofrece la particularidad en su estructura de llevar consonantados los versos pares, y no en asonancia cual es de rigor en tal suerte de combinación métrica, se halla a la conclusión del libro. Se titula *Romance del autor*, y es de este modo:

Vasco me llaman por nombre,
hijo soy de un labrador
de la provincia de Extremo,
dó me viene el disfavor.
Tanco, de parte del padre
me toca por successor;
Díaz, tomé de mi madre,
que me tovo mucho amor.
Mi linaje no es muy alto
ni de muy pequeño honor,
mas de mediana manera
y por muy llano tenor.
La suerte me ha sido adversa,
por do vivo con dolor;
la variable fortuna
me ha traydo en deshonor.
Las tres dueñas hilanderas
me hadararon con furor

en la rocha çahareña
de muy extrañio valor.
Quando de Morgón decía
canciones a su sabor,
sus hijas le respondían
con muy horrendo estridor.
Alecto salió tañendo
sin concierto ni dulçor;
Megera cantaba triste
sin dello tomar sabor;
Thesifón vi que baylava
siempre de mal peor,
corriendo como una loca
por el campo alrededor,
tropeçando en cada parte
sin tener dello temor,
hasta que cayó en el suelo
dó mas no hiço remor.
Por dó yo soy constreñido
a trabajo no menor,
que no asiento en pueblo alguno,
en valle, sierra, ni alcor:
por todo el orbe mundano
me veo hecho cursor.
En Europa, no reposo
porque no tengo favor;
en Africa, no me hallo
porque vive en gran error;
de Asia, no estoy contento
porque falta lo mejor,
que's tierra dó el pan y el vino
tienen extrañio valor.
Con la pobreza peleo,
y nunca soy vencedor;
cansado, siempre camino
sin tener algun guiador,
como la concha en el agua,
sin saber puerto mejor.
Mi cuerpo ya se enflasquece;
mi rostro pierde el color;
mi vida ya se consume
como en el campo la flor;
mi buen Custodio me gué
y me sea valedor;
Sant Miguel me favorezca,
y me sea de defensor
porque mi ánima goze
en la gloria del Señor.—*Deo gratias*».

Desconociéndose la fecha del nacimiento de Díaz Tanco, y escritos los *Veinte triunfos* por los años de 1525 a 1528, es de suponer, según se

desprende del anterior romance, que fuera hombre entonces de cincuenta o sesenta años. De sus malandanzas, algo indica en los versos que integran el mencionado libro. Al referir el matrimonio en Sevilla del emperador Carlos V con la princesa Isabel, escribe, v. g.:

«Pero en la fiesta jocunda
del orbe más sublimado,
me vi una pierna rasgada,
por la estéril infecunda
de mí tan acariciada».

A la falta de memoria que en aquella época le aquejaba, alude en el triunfo destinado a cantar el nacimiento del que luego fué Felipe II el Prudente, disculpándose de los involuntarios olvidos que en su relación hubiera, con estas palabras:

«El propio ser
de mi ingenio y entender
es grosero y mal dolado».

De uno de sus más accidentados viajes, preñado de peripecias interesantes y curiosas, y de impresiones muy subjetivas, realizado desde Cádiz con rumbo a Italia y «mar contraria», a «siete de las Calendas de Febrero de 1526», da extensa cuenta en el *Triumpho Viático Naufragante*. La narración adquiere en algunos pasajes tono trágico, y el autor manejó en ellos el patético con no escasa fortuna. Merecen leerse muchas de sus octavas. Mencionaríamos con agrado varias, si no temiéramos alargar con exceso estas áridas notas. Animación en la pintura, y viveza y colorido en los cuadros, hay también bastante en el *Triunfo púgnico lamentable sobre el saco de Roma*. Tanco fué feliz al describir con acierto y verdad las escenas que presenció en dicho asalto, que impresionaron con sus horrores hondamente el alma del poeta. No resistimos a la tentación de trasladar varios fragmentos:

«Ya mil quinientos y mas veinti y siete
llegados después del primo tormento
que Cristo sufriera por el cumplimiento
de aquella Mosayca,

entró la potencia del nuestro león
por el Vaticano en el burgo de Roma,
pasando los muros como una paloma,
fasiendo fazañas por admiración.

Allí el excelente Duque de Borbón
murió de valiente, la espada en la mano,
diciendo: Yo muero contento y hufano
pues he puesto en Roma la hispana nación.

Y es que en Sant Pedro, bien junto al altar,
vi, muertos, varones de gran merescer,

a unos cortados cabeças y manos.

¡Oh, Padre del mundo entre los cristianos,
por qué consentiste tal cosa pasar?

...
Allí vi reliquias de santos y santas,
que fueron tomados por los lutheranos...

Y el poeta enumera esas reliquias, y truena airado contra sus profanadores, y especifica lo que las tropas vencedoras hicieron, y puntualiza los edificios que tomaron por asalto, y describe cómo quedaron las calles después del asedio, y detalla las proezas de los principales jefes militares españoles, y hace observaciones atinadísimas y prorrumpie en exclamaciones tan lógicas como sentidas... De todo ello quisiéramos mostrar algún ejemplo; mas no siendo posible, aconsejamos al curioso la lectura de este bello poema en octavas, que finaliza diciendo el autor:

«Y pues mi deseo me fué tan falible,
por ser los negocios en tal suspensión,
me fué para el reyno, sin la condusión
de lo que esperaba, pues era imposible».

¿Cuál pudo ser el negocio que le llevase a Roma? Díaz Tanco no lo declara, pero no debió motivar su viaje ningún capricho personal, porque él fué con las tropas imperiales, y de consiguiente no le sorprendió en la capital de Italia la invasión española.

Por las noticias que suministra, interesante de leer es asimismo el *Triumpho Real Magno*: cuenta en él, como festigo presencial que hubo de ser de ella, la solemne coronación de Carlos V en Bolonia por el Pontífice Clemente VII. Como pieza literaria, su mérito no es grande, e igual puede afirmarse de otro de sus Triunfos, el bautizado con el nombre de *Peregrino*, que está destinado a referir minuciosamente todo lo que en Roma vió el poeta y en particular de reliquias santas distribuídas en la multitud de templos de que la ciudad estaba sembrada. En cambio encierra un caudal de datos acerca de dichas reliquias verdaderamente asombroso. Bien puede asegurarse que Tanco no dejó de ver una sola reliquia sagrada de las que se conservaban en la ciudad de los Papas. Por cierto que entre las cosas vistas,—dejando todo comentario para el lector impío, si la REVISTA CASTELLANA tuviera alguno—llama la atención la reliquia a que se refiere Díaz Tanco en la octava que sigue:

«En la Laterana Iglesia vi yo
las santas cabezas de Pedro y de Pablo,
con la de Pancrasio, dó siendo el retablo
quemado de herejes, gran sangre salió.
La de Zacharías allí se mostró,
y el santo prepucio de Jesús Divino,
y el dón que a Silvestre le dió Constantino
la copa dó Juan el veneno bebió».

Finalmente, y sin decir una palabra del Triunfo en que refiere lo mucho y raro que logró ver en las Islas Canarias durante el «treintena-

rio» que residió en ellas, he aquí una de las cosas que más llamaron la atención de Díaz Tanco en su propia tierra en una expedición que realizó a Extremadura y de que da exacta cuenta en su *Triumpho Freixense*:

«Los padres de las criaturas,
en el cuerpo de su madre
y en las haldas,
hacían cosas nocivas;
echando el honor del padre
a las espaldas.

No les mueve la vergüenza,
ni el miedo de sus pastores
del mal zelo;
mas la fingida conciencia
por muy falsos atanores
va de buelo.»

Esto, y otras escenas más realistas que describe, hacen que el buen sacerdote exclame con razón apenado:

«¡Pueblo que vicios te domas
y de virtudes te alexas
con desdén,
si dexases lo que tomas
y tomases lo que dexas
irías bien!

¡Guarte del par de dragones
y de la grulla rastrera,
no se acuerden
que duermen tras los cantones,
y al que dexa la carrera
mal le muerden!».

No quiero llamar la atención sobre el tono y estilo de las estrofas de este Triunfo, que traen a la memoria el de unas coplas muy celebradas de fines del siglo XV y comentadas en los siguientes por multitud de autores; ni decir nada de su intención y alcance, ni escribir una palabra acerca del estado del pueblo a que ellas aluden. No eran comentarios los que me propuse trazar al emborronar estas cuartillas. Al erudito le toca estudiar a Díaz Tanco, y juzgarle al crítico. Yo no soy ni una ni otra cosa, y por eso me limito a las indicaciones que quedan transcritas.

C. MORENO GARCÍA

Madrid.

Poemas de provincia

Viniste de una vieja capital provinciana.
Era tu nombre Carmen; eras linda y morena.
En mi casa una tarde nos presentó mi hermana.
Eran tus negros ojos ardientes de Sultana,
y en torno, unas ojeras tristes de macarena.

Tu rostro era el retrato de una mi antigua novia.
Tus ojos refulgían con llama de pasión.
¿Dónde te he visto un día que el recuerdo me agobia;
en una callejuela tortuosa de Segovia
o en una melancólica plazuela de León?

En tus ojos de mora traías retratados
los rincones arcaicos que tanto idolatré...
Las plazuelas desiertas, los templos retirados,
las rejas florecidas, los balcones cerrados,
tras de los cuales una sombra cruzar se ve...

Las calles en silencio y en sombra, las persianas,
corridas en las tardes doradas del verano,
todo el encanto de esas minucias provincianas
que dan a mi poesía y a mis prosas profanas
un aire tan ingenuo, tan lírico y tan vano...

Y los paseos donde siempre suena un vals lento
que interpreta una triste música militar,
vals dulzón y romántico, lleno de sentimiento,
un vals a cuyos sonos en mi mente presiento
un país ilusorio que no he de visitar...

Y ahora vuelves al centro de la ciudad ruidosa,
de la ciudad en donde tus hermanas habitan.
Vuelves más soñadora y vuelves más hermosa,
pronto te tornarás mustia, como la rosa,
cuando de la ternura de su rosal la quitan.

Porque has nacido para vivir en calle triste
quebrada y laberíntica, dentro de un caserón
arcaico y majestuoso, como el en que naciste
y donde en tu niñez jugaste y te reiste
en una melancólica y oscura población...

Porque tus ojos negros de ojeras soñadoras,
cual los ojos de todas las niñas provinciales,
se quedan al espacio mirando horas y horas,
forjando las quimeras más arrebatadoras
y los ensueños más dulces y celestiales.

Porque hay, divina Carmen, en toda tu persona
un gesto de tristeza y a la vez de ternura,
y eres lánguida y suave, como quien se abandona
a extrañas fantasías que tu mente impresiona
y que te dan ese aire de mirar a la altura...

Y no olvides aquella placidez provinciana
ahora que ya has vuelto de tu familia al seno,
y háblales de ese encanto a Mercedes, tu hermana,
a Dolores, de gesto gracioso de gitana,
y a María, de gesto tan suave y tan sereno.

ANDRÉS GONZÁLEZ-BLANCO

Madrid, 20 Enero 1916.

Los peles

(DE UN LIBRO EN PREENSA)

VI

Adolfo encontró abierta la puerta del antedespacho; estaba la habitación sin luz, entristecida por las sombras grises del anochecer, que daban un metálico resplandor a los vidrios de la ventana. Empujó el desencajado bastidor de la puerta, encontrando a su tío que escribía inclinado sobre la mesa, recibiendo sobre la palidez reluciente de la calva el chorro de luz dorada proyectado por el aplique.

En un rincón del despacho se removió una figura que parecía dormir en un diván adquirido por el letrado al disolverse, por incidentes fratricidas y angustias del erario comunal, el círculo donde los liberales de la localidad entretenían sus ocios, ora maquinando proyectos electorales, ora estudiando una fértil martingala para defender el monedero ante la veleidosa ruleta. Rafaela—pues ella era la sombra que rebulló en el histórico diván—se acercó a la mesa; la verdosa pantalla del aplique ponía en su rostro un macilento color, que se hacía medroso, cadavérico, en los labios ensalivados y entreabiertos.

Don José Luis limpió pulcramente la pluma en un negro pañito, la clavó luego en un cacharro relleno de perdigones y guardando en la carpeta la minuta que redactaba, sin decir palabra, se repantigó en el sillón frotándose nerviosamente contra el cuero labrado del respaldo.

El silencio expectante equivalía a una elocuente invitación para que Adolfo prosiguiera su relato; y entendiéndolo así el interesado, se acomodó frente a su tío, restregándose las uñas en el cabello como si pretendiera movilizar las ideas con ese ademán extraño.

—Al día siguiente busqué al «Pacorro». No había podido pegar los párpados en lo poco que quedó de la noche ni en las horas del día que estuve en la cama, con los ojos abiertos y queriendo penetrar en las oscuras palabras que me dijera el borracho. Como les digo, fui a buscarle en cuanto terminó de almorzar. Me dirigí a su casa, y la mujer, una pobre mujer que mostraba la flacidez de su pecho entre los sucios andrajos de la blusa, me dijo que todavía no había vuelto, que almorzaba muchos días en el Matadero, donde estaba a jornal como sacrificador de reses. Allá me fui, y a poco de atravesar el puente, encontré a mi hombre que subía de regreso hacia la ciudad. Le llamé, se despidió de los camaradas y aceptando el convite que le propuse, entramos en un merendero. En seguida comprendí que el tal «Pacorro» era un hombre sin escrúpulos; apenas si se acordaba de lo sucedido en la noche anterior, pero su mujer le había dicho cómo llegó a casa con tan lucida escolta de señoritos, y reconociéndome como a uno de la tropa, comenzó a echárselas de vicioso, alardeando de que zurraba la badana a su costilla y de que era un hombre muy bragado para resistir los excesos de la bebida y de que cuando se terciaban las cosas alternaba en juer-gas con señorones de muchos humos entre los cuales encontraba amistosa protección.

«Yo tenía que halagarle en su despreciable vanidad, fingiendo entusiasmo por sus proezas y presumiendo a mi vez de camorrista y vicioso.

»Me contó todas las brutalidades culminantes de su hoja de servicios, sus hazañas de apernador electoral, cuando votaba diez o doce veces, escacharraba urnas y se liaba a estacazos con todo bicho viviente; sus bravuras en el Matadero, donde se peleaba a brazo partido con los novillos y se bebía sin respirar un cuartillo de sangre de toro; sus guapezas en tabernas y burdeles y su bárbara actuación como marido, recetando el palo para combatir las femeninas lamentaciones, ufanándose de todas sus fechorías con el orgullo que puede mostrar un guerrero heroico al relatar los episodios gloriosos.

»En cuanto tomó tres o cuatro copas, empezó a hervir el alcohol que llevaba almacenado en tantos años de bebedor. Habilmente desvió la conversación hacia lo que me importaba. Al principio se mantuvo algo receloso, pero a fuerza de tirarle de la lengua y de hacerle promesas encubiertas y generosas, soltó todo lo que sabía.

—Mire usted, don Adolfo—me dijo;—me ha sido usted simpático, porque es usted un hombre que alterna y no uno de esos misinguines que tienen a menos el hablar mano a mano con uno, como si uno no tuviera sus principios como el que más. No debía abrir el pico pa contarle lo que le voy a contar porque la Anastasia, mi hermana, que no tiene secretos pa mí y que me debe muy buenos favores, y me está agradecida, me habló de ello ¡vamos! como se habla a un hermano cuando el hermano es una persona decente y tiene dignidad y sabe distinguir...

»En resumen, y para no cansarles reproduciendo el barullo de razo-

nes con que me aturdió el «Pacorro», les diré que el borracho me enteró con todos los pelos y señales de que don Prudencio, confiado en la que él suponía probadísima discreción de su antigua criada, había contado a la tal Anastasia y ésta a su ejemplar hermanito, que ya podía yo quebrarme la cabeza y echar los bofes para convencer a Regina; que no me valdrían habilidades, ni desplantes, ni hacer méritos, ni enamorar a la chica, porque él, don Prudencio, era muy quién para imponer su voluntad en la casa, que se le había metido entre ceja y ceja que yo no me llevase a Regina, y que si no bastaran los consejos y las prudentes advertencias, tenía él unas cartitas que harían su papel si llegase el momento de prender fuego al polvorín».

—Les soy a ustedes franco...—continuó después de una pausa que ya necesitaba, pues charlaba con febril rapidez y casi con elocuente inspiración—les seré franco. Cuando propuse al «Pacorro» la indignidad que luego diré, sólo pensaba en que aquellas cartas eran mis cartas, las escritas por mi mano para que Regina las leyera; cartas que yo creía en poder de la viuda, y en las cuales había yo puesto todo el calor de mi alma y algunas confidencias sobre mi padre y sobre mis pensamientos más íntimos, con el propósito de conmover a Regina, abriéndola noblemente mi conciencia y mi corazón. Me desesperaba, me enfurecía pensar que aquellos pliegos, espejos que reproducían las sensaciones más delicadas, las confesiones más íntimas, los ensueños más queridos de mi alma, estaban en las groseras manos de aquel hombre, sirviendo de mofa y escarnio, provocando en su malvado espíritu las más sangrientas y crueles chuscadas.

»La honradez del «Pacorro» estaba en liquidación, era un saldo averiado que pude comprar con unos cuantos billetes que tenía ahorrados. Le convencí con poco esfuerzo de que aquellas cartas me pertenecían; de que robaba a un ladrón y de que él, el «Pacorro», sería un intermediario providencial encargado de facilitar la restitución de los documentos.

»Don Prudencio es un hombre miserable, avaro, y el ajuar de su modestísima vivienda no valdría, vendido en pública subasta, lo que valía la honradez del «Pacorro», tasada generosamente por mi impaciencia. Las cartas las tenía guardadas, según había dicho la criada parlanchina, en uno de los cajones de su cómoda donde, por lo que luego vimos, encerraba el agriado solterón una pequeñísima parte de su caudal y todos sus papeles públicos y privados. Don Prudencio tomaba su chocolate canónico a esta hora, a las seis o seis y media de la tarde, y se marchaba luego, bien al Casino a jugar sus partidas de ajedrez, bien a casa de la Vaster donde solían reunirse, casi diariamente, algunos amigos antiguos de la familia, entreteniéndose en recreos y charlas hasta las nueve, hora en que nuestro hombre se sentaba a cenar con rigurosa puntualidad.

»Aquella noche—hará dos meses de esto—como tantas otras, la criada, que tenía la costumbre de expansionarse un buen rato en la calle, pretextando imaginarios menesteres para justificar su escapada, en caso

de que fuera sorprendida en flagrante ausencia por el destemplado señor, salió de la casa a eso de las siete. Como el «Pacorro» conocía las mañas y hábitos de su hermana, estábamos disimuladamente apostados en la oscurísima rinconada que forma, frente al domicilio de don Prudencio, el caserón deshabitado del conde de la Florida, que se aleja unos cuantos metros, como ustedes saben, de la línea de fachadas marcada por la acera. También estaba enterado el «Pacorro» de que su hermana, desconfiando de la fragilidad de su memoria y temiendo que por charlatana y olvidadiza se la deslizara de las manos el llavín dejándolo abandonado, como había ocurrido varias veces, en el mostrador de una tienda o sobre la camilla de alguna casa visitada, tenía tomada la costumbre de dejar la llave al alcance de los dedos, escondida—¡vamos al decir!—a unos pocos milímetros de la ranura que quedaba entre las baldosas del portalón y los mermados tableros, en un extremo de la puerta.

»Entramos los dos en la casa; yo había trasegado unas copas de Jerez pidiéndole al vino su colaboración para que no se desmandaran los postreros escrúpulos; el «Pacorro» no necesitaba de ese ni de otro auxiliar; estaba tan sereno y animado como un práctico profesional de la ganzúa. Como mi cómplice conocía a las mil maravillas el plano de la casa, acertamos a escape con la habitación que buscábamos, y con la insegura cómoda que nos proponíamos registrar. Y aquí el manojito de llaves, compradas en las prenderías y probadas en otros muebles de la misma traza y antigüedad que la cómoda descrita por «Pacorro», y la simplicidad de la vieja cerradura, sencilla y vulgarota, como todas las de su estilo, nos evitó el gastar tiempo en angustiosas probaduras. Cedió, sin esfuerzo, con la tercera llave que ensayamos; firé del cajón, mientras el «Pacorro» estaba en la puerta con el oído pendiente del crujir de los escalones, y allí, entre la ropa de reserva, que desprendía un tufo penetrante de alcanfor, encontré una caja de tabacos y dentro de ella un paquete abultado sobre cuya envoltura había escrito don Prudencio, con una letra diminuta que parecía agrandarse ante mis ojos: «Cartas de Regina».

»No busqué más: tropezaron mis manos, al arreglar la ropa que los encubría, con rollos de papel que sólo con palparlos denunciaban su origen; títulos o acciones de sociedades o del Estado; escrituras notariales o cosas de parecido linaje. Meñ el sobre en el bolsillo, cerré el cajón, salimos de la casa volviendo a colocar la llave en su inocente escondrijo y apreté el paso despidiéndome del «Pacorro»...

FERNANDO ISCAR-PEYRA

Salamanca.

A un hacendista

Lo mismo hoy que en pretéritas edades,
 un talismán seguro es el dinero,
 y puesto que eres hacendista quiero
 elogiarte y decir cuatro verdades.

Como se agitan tantas nulidades
 en el llamado mundo financiero,
 recibe el homenaje de un coplero
 que no sabe sumar dos unidades.

Tú eres oro de ley. Destruye errores
 y demuestra a los mil explotadores
 que han acudido, en espantable nube,

a dejar el Erario mustio y flaco,
 que no es igual la Hacienda que el tabaco,
 ¡que cuanto más se *chupa*, mejor *sube*!

JOSÉ RODAO

Canción de soldado

Es mi razón sobrada y altanera
 para que se cobije en el amaño;
 soy incapaz de dolo ni de engaño
 porque el amigo o la mujer me quiera.

Verá mi alma quien mis hechos viera
 pues nada, temerosa, huye ni oculta;
 si tiene algún pesar calla y sepulta
 su dolor en el culto a la bandera.

Así en la paz como en la guerra busca
 mi fe su porvenir y no me ofusca
 verlo lejano, ni me asusta nada;

es mi gran voluntad la que me guía
 y quiero conservar el alma mía
 tan firme como el temple de mi espada.

NICOLÁS BENAVIDES

Hogar

Las paredes de la habitación muy blancas, recién encaladas y con una franja ancha de un añil intenso. Hay un gran ventanal con reja que mira a la calle, y velando la luz, un cortinón de tela cruda listada de azul. De las paredes penden varios cuadros; son pinturas antiguas: una de ellas representa al Santo de Asís; la barba rubia y puntiaguda, los ojos hundidos en sus cuencas miran estáticos una cruz. El otro es San Bruno; el hábito blanco, la faz torturada, le dan la expresión trágica de un monje de Zurbarán. Adosada a la pared hay una estantería repleta de libros y papeles; una mesa grande y un sillón de cuero con dorados clavos.

En la mesa, sobre el farrago de papeles, libros y revistas que la cubren, se destacan, enhiestas en una salvadera, tres o cuatro plumas de ganso; un gran jarrón de Alcira pone la gaya nota de su azulenco color, y en él, en armonioso consorcio, unos lirios azules alzan su altiva cabeza sobre el verde tallo.

El suelo, de rojas losetas, está cubierto en su mitad por una esterilla de paja. Un macetón de albahaca colocado en el escaño del ventanal, difunde su aroma por la estancia; en ella penetra una luz tenue, suave, que da una tonalidad y un grato ambiente de frescor.

Es mediodía; reina completo silencio en la casa y en la calle, refulgente toda al beso del sol, que hizo que en los ventanales, en las rejillas y en las cancelas, se corrieran las cortinas y se entornaran los postigos.

D. Juan Antonio entra en la estancia. Anda pausadamente, con expresión de gravedad; es alto; representa unos sesenta años; la barba recordada, casi cana; sus ojos muestran una expresión de viveza, más bien, de inquietud.

Aquella estancia tan clara, tan riente, es el templo de D. Juan Antonio, porque en ella hay paz y silencio y huele a albahaca, y las imágenes de los cuadros, aunque representan monjes con la faz torturada, aquella tortura es una angustia de amor divino y en esos amores no hay ansias, se abrasa el alma, pero quedamente, sin chisporroteos y sin humaredas de incendio; por eso el Santo de Asís y San Bruno, tienen en los ojos una luz mansa, suave, que al igual de inquietar, dulcifica.

Sobre la mesa de estudio, muy a mano, hay dos libros en cuyos lomos se lee: «Fray Juan de los Angeles», «Fray Luis de León». Cada día, D. Juan Antonio lee unas páginas de alguno de aquellos libros.

D. Juan Antonio fué un luchador. En sus mocedades, allá por el año 50, extrañas ideas bullían en su mente; en su ánimo fogoso halla-

ron ancho campo las teorías renovadoras y las abrazó con entusiasmo, con fe. Partió de su casa, de la casa muerta, ñoña, donde se rendía culto a la tradición, a las antiguas prácticas pasadas de moda.

Y en el hervidero de Madrid, con las algaradas, con los pronunciamientos, con aquel jugar a los gobiernos, desplegó sus energías y fué político, y paria, y periodista y subsecretario de un ministerio, hasta que la voz doliente de su padre le llamó al pueblo.

Juan Antonio estuvo en él el tiempo preciso para cumplir el sagrado deber de rendir tributo al que fué el noble señor D. Luis de Carsy, su padre; después, vuelta al Madrid de las intrigas y de las locuras.

Y la casona solariega del pueblo se cerró y, poco a poco, la herrumbre fué cubriendo los forjados hierros de la balconada y de los ventanales, y una yerbecilla menuda, amarillenta, creció en las junturas de las losas del patio y entre las tejas del alero.

En tanto, D. Juan Antonio, en aquel vivir de la Corte, en la continua alarma de la intriga política, de la fracasada conspiración, de las desilusiones, de los desengaños, de la traición de los pequeños y el desagradecimiento de los que lograron encumbrarse, iba dejando en girones pedazos de su inteligencia, de sus fuerzas, de su alma toda.

Y en aquel torbellino de su vivir, que no era vida, sino frenético consumir de horas y de días, una acerba desgracia le hizo detener.

Juan Antonio había casado en Madrid con la hija de un político compañero suyo en conjura. Era Marta un alma ingenua, toda bondad, resignación; acostumbrada al vivir y las angustias de su familia, quiso su adversa suerte que saliera de una zozobra para entrar en otra, pues al casarse no hizo más que cambiar la que antes tenía sobre sí, ya que a la tiranía del padre sustituía la del esposo, y ella, en su mansedumbre, mejor, en su heroica voluntad, que es fortaleza para cariño y amor cuando hiere la desgracia, sabía dejar consuelos en el ánimo de aquel hombre, y con sacrificios, con alegrías, dulcificar su alma de rebelde, de impotente, de fracasado.

Y cuando comenzaba a hallar el premio a sus desvelos, el bálsamo a sus cuifas, en Encarna, la hija en quien condensaba sus ternezas, ante la que podía dar rienda suelta a sus lágrimas de preterida, de abandonada, quiso Dios llevarla a mejor vida, sin darle tiempo a gozar de aquel consuelo.

D. Juan Antonio sintió el agobio del dolor, y entonces se miró a sí mismo, contemplóse yermo de ilusiones, y en su frente las arrugas y en sus cabellos unos hilillos blancos que eran la sórdida amenaza de una prematura vejez.

Junto a él, su hija Encarna le miraba insistentemente, poniendo en sus ojos, grandes, muy abiertos, toda la ingenuidad, toda la serenidad de sus ocho años, y vestidita de negro como iba, el rostro muy pálido, le tendió sus manos, muy blancas, como ofreciendo en el regazo de su cuerpecito, endeble, pero joven y abierto al cariño, el desquite al que perdió con aquella santa.

Y Juan Antonio besó a la niña, como no la había besado nunca, quedamente, pero mojando sus severos ojos con el calor de sus lágrimas.

Pocos días después, el conspirador, el intrigador, hizo renuncia a sus cargos, y en la casona del pueblo se abrían de nuevo los ventanales y por ellos entraba el sol, en oleadas, con ímpetu, en derroche de luz, de calor, de vida.

Y comenzó una nueva era en su vivir. A las quimeras, a los afanes, a las enconadas luchas por el soñado ideal redentor, sucedió la placidez y la calma de los cuidados, de los desvelos por la hija a quien no hartábase de mirar, ya que tanto tiempo estuvo sin posar en ella los ojos. Y Encarna pagaba los desvelos con todo el querer de su almita ingenua y triste, triste porque de continuo acudía a su memoria la figura de su madre, que en la infantilidad de su mente veía dibujarse con exagerados relieves de víctima, de sacrificada, tal como ella la recordaba, pequeña, endeble, muy pálida, andando de acá para allá con pausa, quedamente, sin armar ruido y atendiendo a todo, suave, amorosa.

Y D. Juan Antonio, que acaso leía en los ojos de su hija la tristeza de aquel pasado, se consagró por entero a ella, en mérito para borrar la culpa.

Encarna se hizo mujer; en el hogar sustituyó a su madre y al darse cuenta del papel que la estaba encomendado, le aceptó con toda la nobleza de que era capaz, y apartando de sí todo lo que de reproche pudiera haber, hacia el verdugo de Marta, vió sólo en él la figura afligida de su padre y supo poner en la casa la alegría de su alma joven, y en el corazón del viejo, el bálsamo de su cariño.

Pero un día, en aquel camino de su tranquilo vivir, se cruzó un hombre, que acogido por D. Juan Antonio ante un compromiso de causa, halló albergue en el quieto hogar del antiguo conspirador. Y aquel hombre, joven, mundano, con grandes ansias de ser y ningún escrúpulo de conciencia, supo prender el ánimo de Encarna en tal forma que, cuando el viejo quiso atender al peligro, era ya realidad el mal, y Encarna, la mujercita blonda, amorosa, sustituyó al cariño del viejo, el amor todo ímpetu y fuego del intruso.

Y el conspirador quedó solo, con su alma toda ruina, aterida por el frío del desamparo, en aquel caserón inmenso, de paredes muy blancas, de huerto florido, y de habitaciones amplias, rientes, llenas de sol y de luz.

D. Juan Antonio entra en la estancia. Anda pausadamente; en sus ojos hay un relámpago de inquietud.

Ha recibido una carta de su hija. Encarna llega; el intruso puso fin a sus locuras y a sus ansias con un rasgo de impotencia y cobardía, y ella, con su hijo, un niño de dos años, busca el amparo del hogar.

D. Juan Antonio es noble; su orgullo se rebeló un momento y revivió

el Juan Antonio de antes, dominador, rebelde; recorrió las estancias de su casa y las halló frías, sumidas en un finte de cosa tempranamente muerta; cruzó el huerfo, refulgente de luz, y sólo vió en él la nota húmeda y triste de los cipreses; subió a la terraza, extendió su vista por el campo y nada dijo a su alma el valle tan verde; su mirar se posó insistente en la túnica de plata que coronaba las azules montañas de la cordillera.

Una vez en el cuarto de estudio, se sienta ante la mesa y lee en un libro; es el de Fray Juan de los Angeles, y el monje con su prosa limpia, dulce, dice amor y perdón y canta alabanzas.

Entonces, el viejo hunde su cabeza entre las manos y llora muy quedo, sin gimoteos, mansamente.

Rompe un instante el silencio el rodar de un carruaje y el cascabeleo de las caballerías; luego cesa el ruido y se oye apagado rumor de voces.

D. Juan Antonio, en un ímpetu, se levanta; el cuerpo erguido y los brazos abiertos, con el mirar fijo en la puerta, avanza hacia ella, cruzando la estancia llena de luz.

LUIS G. MANEGAT

El poema de las malas bestias

EL BURRO BLANCO

Ved aquí al burro blanco:
serio, macizo, respetable,
con sus orejas anchas,
sus grandes ojos
meditabundos
y el pelo en el testuz rizado y grifo
como una borla doctora.

El burro blanco, inacabablemente,
alza a compás su pata indiscutida
y, siempre por el borde del camino,
avanza... avanza... avanza...

Tal vez ocurre que en la paz eglógica
del valle los caminos se entrecruzan,
y las veloces máquinas
que pasan trepidando
y los corceles de cabeza erguida
y ojos inquietos, y los peatones
que avanzan fatigosos,
se detienen y dudan y no saben
qué camino seguir.

El burro blanco sigue
su camino apodfctico y no duda.
El es—grave y eterno—la Verdad.

No le obliguéis a caminar un hora
por medio de la ruta,
por donde va la vida
inquieta, tormentosa, eternamente
renovada y febril.

El burro blanco odia el deseo
y el jadear sonoro del deseo.
Su ensueño es apacible
y tibio y penumbroso,
como el amado establo en que sestea.
Dejadle con su marcha acompasada
al borde del camino,
al borde de la vida,
al borde de la ciencia,
al borde, siempre al borde.

Hay insectos que vuelan
bajo un cielo estival, en una atmósfera
de fuego y dejan en el aire,
tensa y sonora,
como flecha invisible, su inquietud.
Y he aquí que estas gayas bestezuelas
—jellas, tan jóvenes!—
osan en su furor iconoclasta
posarse en el testuz, cien veces noble,
y hundir en él el aguijón.
El burro blanco agita
su oreja doctoral
y huye el insecto zumbador y todo
es calma y suave luz y polvo tenue
en el camino geométrico.

El burro blanco
tiene momentos de jocundo gozo.
Entornando sus ojos apacibles
echa al aire los dientes amarillos,
pierden su seriedad las recias patas
y ampliamente—de oreja a oreja—ríe.
¡Pero nadie le ha visto sonreír!

¡Oh burro blanco! ¡Oh noble
y sesudo animal,
reciamente cargado
de lugares comunes académicos!
Tú llevas sobre el lomo musculoso:
«la santa tradición»,
«el principio del orden»,
«el orgullo satánico»

de la razón humana»,
 «el funesto Voltaire» y «las utopías
 engañosas», «entiendo yo, señores»,
 «...mas sea de ello lo que quiera...»
 «¡El Contrato Social!... ¿En qué lenguaje
 se redactó el contrato?
 ¿Quién convocó a los hombres y en qué sitio?»
 Todo esto y mucho más llevas encima
 sin fatigarte nunca, cual si fuera
 liviana paja.

¡Oh noble burro blanco,
 sigue tu marcha inacabablemente!
 ¡Como la estupidez eres eterno!

A. TORRE RUIZ

Ruinas

Para Pedro Luis de Galvez

Hay un viejo sepulcro que el tiempo ha patinado,
 un fuste de columna de amarillenta piedra,
 arcadas derruidas, un triforio agrietado,
 y en un rincón un velo tejido por la hiedra.

En el patio una fuente con la taza vacía,
 un santo mutilado, sin brazos ni cabeza,
 florones desprendidos de enhiesta crucería
 y gárgolas monstruosas cubiertas de maleza.

La escalera que un tiempo subieran los templarios,
 en día de Capítulo, silenciosos y graves,
 es hoy montón de escombros. En las oscuras naves

se diluye el silencio con humedad de osarios,
 y en el templo sin culto los mudos campanarios,
 son albergue propicio para nocturnas aves.

JESÚS PÉREZ.

Valencia de D. Juan, 1915.

Registro bibliográfico

El libro *Castilla en escombros*, de Julio Senador, ha alcanzado ya la resonancia que merece. Es un libro enérgico, vibrante, en que se ponen al descubierto los males nacionales y se fustigan las corruptelas políticas. En él se da un grito de alarma; grito noble y espontáneo, pero en el cual se advierten el dolor y la indignación.

No es Julio Senador un lírico que se pierda en declamaciones huecas y alisonantes, ni un teorizante que se entretenga en hacer crítica negativa. Perfectamente documentado, tras de cada afirmación presenta la correspondiente prueba, con lo cual su libro se distingue por la solidez más concienzuda. La anatomía que hace Julio Senador es tan minuciosa como implacable.

Castilla en escombros es un libro por el estilo de *El problema nacional*, de Macías Picavea; pero Senador, claro es, se coloca en el momento presente, y poniendo de relieve la situación de Castilla—y aun de una gran parte de España,—clama por resoluciones que cree urgentes. Como conoce a fondo la vida de los pueblos, sabe también cuáles son sus necesidades y sus padecimientos.

¿Oírán el pueblo el llamamiento que Julio Senador le hace a la terminación de su libro? Mucho nos tememos que tenga los oídos tapados.

* * *

Aquella primorosa industria talaverana, que hizo la admiración de propios y extraños, ha encontrado un historiador diligente y erudito en el P. Diodoro Vaca. Este cultísimo agustino, paisano nuestro, insertó en la *Revista de Archivos* un interesante trabajo, titulado *Algunos datos para una historia de la cerámica de Talavera de la Reina*, que ha venido a formar un libro aparte.

El P. Vaca nos da noticias de la cerámica talaverana desde los más antiguos tiempos en que se encuentran noticias, haciendo constar que su carácter típico, que la hace única entre sus similares, no sólo estriba en el colorido, sino en los asuntos, en los procedimientos, en las formas. «Y esto de tal manera—agrega,—que desde el momento en que se olvida de estos procedimientos tradicionales, decae, abandónase a la corriente de un pésimo gusto que agota toda inspiración matando su frescura, por entregarse a ridiculeces y extravagancias.»

Refiere el autor las vicisitudes porque pasó la industria talaverana, y después de presentar una curiosa lista de los objetos existentes en una fábrica de alfar fino en 1779, describe los asuntos decorativos de la loza policroma.

Muy interesante es también el capítulo en que el P. Vaca estudia la azulejería, no solamente en los monumentos de Talavera, sino fuera de ella.

El P. Vaca, en fin, dedica un elogio justísimo a los Sres. D. Enrique Guijo y D. Juan Ruiz de Luna, que han resucitado en Talavera la fabricación de loza, con resultados más que satisfactorios.

Sincera enhorabuena al P. Vaca por su precioso libro.

* * *

Soledad, por José Más.—He aquí una bella novela cuya lectura deja en el ánimo del lector una fuerte impresión de realidad y de arte. El joven literato José Más, hijo de Benito Más y Prat el delicado poeta de los *Nocturnos*, ha sabido componer un cuadro dramático, observado en la vida, lleno de luz y de

color por el que se le puede augurar un porvenir brillante en la carrera de las letras. Es esta, una novela de juventud, la primera novela, y aunque un crítico descontentadizo pudiera encontrar en ella no pocos defectos, siempre quedarían estos empalmeados por las muchas bellezas que tendría que ir anotando.

La obra está hondamente sentida, los caracteres trazados con sobriedad y justeza, perfecto el plan y desarrollo del conflicto dramático, sugestivas y de un simpático colorismo las descripciones... José Más ha sabido en un fondo de exaltado romanticismo, el inocente y sano romanticismo de la primera juventud, trazar unas hermosas escenas realistas, sorprendidas en la vida misma, acucando con ello una retina sensible a todos los matices y sensaciones de luz, y un espíritu sagaz, inquieto y observador.

En suma: es una buena novela sevillana y como dice muy bien el prologuista, de la obra—el notable literato Andrés González Blanco—«una novela sevillana sin abanicos ni castañuelas».

Es de esperar que el joven José Más, tras **Soledad**, de al público nuevas muestras de sus aptitudes novelescas, con las que convierta en realidades las muchas esperanzas que florecen en esta su primera obra.

* * *

El Mensajero del Zar, por Omar de Tel.—La lectura de este libro cautivará al público, como ha cautivado a los lectores de la revista *El Amigo de la Juventud*, en cuyas columnas se publicó, y como ellos sacarán de ella distracción y provecho. Cuenta el libro las aventuras de un chicuelo que durante la guerra ruso-japonesa logró llevar un mensaje al general en jefe, atravesando las líneas y el campamento del enemigo. Este héroe de doce años, que no se arredra ante ningún peligro, nos da admirables ejemplos de piedad, patriotismo y valor.

Describe las aventuras una pluma muy bien cortada, y se presenta la obra a la altura de las ediciones de libros populares. Su publicación ayuda a resolver, en buena forma, el imperioso problema de dar lecturas sanas, interesantes y baratas a los jóvenes.

* * *

Páginas blancas, por Fr. Tomás Luque.—Notoria es la feracidad poética del suelo americano: el lirismo trasciende de la naturaleza nueva, del espíritu libre de las jóvenes naciones. No sólo poetizan en América, arrebatados a la minucia de la realidad, nostálgicos de los cielos y sus visiones, los grandes patriarcas del canto, los prestigios solitarios y sublimes, antes por la sensibilidad poética que medio y actualidad originan, todo noble espíritu, toda alma susceptible de pura contemplación resuelve espontáneamente en el ritmo su vida interior.

Uno de los más ilustres oradores y publicistas argentinos, Fr. T. Luque, O. P., nos ofrece en sus **Páginas blancas** su tesoro poético, donde es fuerza admirar, con el poderío y caudal del verbo, el levantado arranque, la vitalidad y humanidad profundas que se revelan en el apóstrofe como en el lamento, en la apasionada descripción como en la imagen luminosa.

* * *

Cantares floridos, por el P. Fernán-Coronas.—He aquí un lindo tomo de poesías; su autor conserva con las flores que encuentra a la vera del camino y les canta o las oye cantar los *Cantares del Lirio* en loor de Nuestro Señor, *los de la Azucena* en alabanza de la Virgen, *los de la Siempreviva*, que hablan a los amigos, *los del Nomeolvides* que lloran la patria ausente, y *los de la*

Pasionaria que, al referir los dolores de la vida, mencionan también la esperanza que los mitiga y consuela. Casi todos fueron escritos durante diez años que el autor pasó fuera de España, años de contacto con las principales literaturas de Europa, cuyo estudio, sin embargo, no hizo sino encariñarlo más con la lengua de San Juan de la Cruz y de Fray Luis de León.

Cuál sea la característica de estas doloras de nuevo género, nacidas en la soledad del claustro, nos lo dice el crítico en el prólogo de la obra, al cual remitimos al lector.

* * *

Malta y Roma, por D. Federico Roldán.—La narración de un viaje, el realizado por la Peregrinación española a la histórica, noble y piadosísima isla de Malta, con ocasión y motivo del XXII Congreso Eucarístico Internacional, y a Roma, en conmemoración del acontecimiento diez y seis veces secular de la paz de la Iglesia: he ahí la base del presente libro; pero su alcance es mucho mayor.

De otra parte, las páginas de Roma, sin ser una gúfa de tantas, pueden servir como tal, con gran provecho para el erudito, para el artista, para el arqueólogo y, sobre todo, para el que pretenda visitar la Ciudad Eterna con espíritu de piedad.

* * *

El Poema del Vampiro, que últimamente se ha publicado, revela en su autor, el joven poeta D. José de Quinto, un evidente progreso sobre sus ensayos anteriores. Predomina en el poema la imitación campoamorina, aunque no llevada a la exageración. El asunto es interesante, y está desenvuelto con habilidad. Aunque de índole un tanto delicada, el autor ha sabido sortear, los escollos que ofrecía.

El poema va prologado por Francisco Gómez Mollá.

Notas y comentarios

El día 1.º de Enero celebró Junta general la Asociación Española de Coleccionistas, y quedó nuevamente constituída la Junta directiva en la forma siguiente:

Presidente, Excmo. Sr. Duque de T'Serclaes; vicepresidente, D. Ignacio Calvo y Sánchez; tesorero, D. Carmelo Martínez Bosch; gerente de la revista, D. Alfonso R. Santamaría; secretario, D. Vicente Martínez Bosch; vicesecretario, D. Arno Teichmann; vocales: D. Vicente de la Hidalga, D. Fernando Mateos, D. Juan Juste, D. Francisco Alvarez Ossorio, D. Aniceto Marinas, D. Pedro M. de Artiñano y D. Luis de Garitagoitia.

Se hizo constar en acta el sentimiento de la Sociedad por el fallecimiento del ilustre coleccionista D. Pablo Bosch, y se acordó nombrar presidente honorario al ministro de Instrucción pública, y socios de honor, al subsecretario de este departamento y a los directores de Bellas Artes, de la Biblioteca Nacional, del Museo de Pinturas y de otros centros similares.

En la reunión se tomaron varios acuerdos, que seguramente han de redundar en pro de los fines de cultura que persigue la simpática Asociación.